

Espiritualidad del Matrimonio Cristiano

Manuel Liscano Pellón.

Se publica este artículo con ocasión del Primer Encuentro Centroamericano, 12-15 Mayo, celebrado en San Salvador por el Movimiento Familiar Cristiano.

LA VIDA CONTEMPLATIVA DE LOS CASADOS

Los esposos cristianos que conciban su hogar con un sentido funcional y militante, ordenado a la actuación viva, esencial, en el seno de la Iglesia, necesitan estimularse recíprocamente y de continuo, a unir toda su vida práctica —familiar, profesional, ciudadana, apostólica, cultural y de esparcimiento— al plan íntimo de unión habitual con Dios que se tengan trazado. Sólo así podrán evitar la dispersión y aun el desgarramiento que todas esas absorbentes circunstancias que les rodean tienden a introducir en la unidad psíquica de la vida humana enraizada en Dios; logrando en cambio que concurren al fin en un haz fecundo y dócil de posibilidades concretas, en el cual se apoye con solidez el propio y personal destino eterno.

A nuestro modo de ver, cuando este problema no se le plantea a un individuo aislado, sino a esa comunidad ideal de amor que es un matrimonio, la consecución del objetivo de impregnar de Dios hasta la saturación ambas voluntades estrecha e indisolublemente asociadas en la aventura total de la vida, lejos de hacerse más difícil, se facilita en muchos aspectos importantes.

Cierto que está lejos siempre de ser empresa sencilla el interior perfeccionamiento progresivo de la voluntad humana, dentro de esa dialéctica de la vida espiritual cuyos dos factores de tensión son el ideal de santidad que Dios se tiene forjado sobre cada hombre y cada mujer, y la quebrantada tendencia a alcanzarlo que en cada individuo excita la propia sed interior de Dios. Y no es cosa fácil, porque el término de todo ese proceso espiritual, que se ha de caracterizar por una situación de pleno aclimatación al ideal mismo de santidad hacia el que Dios nos va empujando sin reposo, está condicionado a la respuesta firme y mantenida de la voluntad a la gracia: a estos secretos deseos e inspiraciones que el Espíritu

Santo nos suscita a veces en las líneas constantes o en los variados sucesos que van entretejiendo la obra de arte de nuestra vocación; pero sobre todo en el silencio, poblado de divina elocuencia, de los ratos de oración.

Sin embargo, siempre que hay deseo sincero en el alma de adelantar en la perfección evangélica de la voluntad; humilde conocimiento experimental de lo poco que alcanzan las propias fuerzas y de cómo no podemos vivir de espaldas a las palabras del Señor: "Sin mí no podéis hacer nada"; aspiración y confianza grandes de llegar a poseer el divino amor; y la acción vigilante de un director espiritual experimentado, es seguro el crecimiento en la caridad, y simultáneamente en todas las virtudes, conexas con ella y de ella dependientes siempre; con el consiguiente progresivo perfeccionamiento y agilidad del alma para asumir cuantas responsabilidades por su reino quiera confiarle el Señor.

En este punto concreto, hemos tenido ocasión de discrepar recientemente con algunos hermanos y hermanas intensamente preocupados por problemas de espiritualidad seglar, que ellos afrontan con valiente espíritu comunitario y apostólico. No obstante, en su opinión, la oración propiamente dicha, discursiva, o afectiva, o de recogimiento, y sobre todo la dedicación de un tiempo diario relativamente largo —media, una, dos horas—, a la contemplación, era algo típicamente monástico, bueno para las carmelitas o los monjes, pero imposible de realizar, y por tanto anacrónico, en la vida del laico cristiano de nuestro tiempo; porque ni la mentalidad, ni mucho menos la precipitación, de la vida moderna, lo hacen posible.

Por mi parte, no puedo creer que esa amputación de porciones sustanciales de la vida cristiana sea susceptible de hacerse sin muy grave detrimento de las posibilidades personales de unión con Dios. Es igual que si se tratara de privarse voluntariamente de los sacramentos, o de la incorporación frecuente al Santo Sacrificio, o de la lectura vivificante del texto sagrado. Ciertamente un cristiano puede, en principio, vivir sin utilizar esos recursos de incremento de la vida que el Señor nos dejó instituidos para que tuviéramos llena de El su ausencia. Pero, ¿a qué viene prescindir de ellos? ¿No quedará nuestra vida sobrenatural sin tales recursos mucho menos robusta, mucho más expuesta a la desviación, a la caída, a la astucia del adversario que ronda siempre en torno nuestro, buscando a quien devorar?

Es un hecho irrefutable que la vida moderna, especialmente en los medios obreros industriales y suburbanos de alguna gran capital de Europa occidental, que son los que más de cerca preocupan a estos amigos nuestros, impone un ritmo de vida frenético, desintegrador, rudamente materializado, que mientras no logremos reducirlo a proporciones respetuosas con la libertad y dignidad del hombre y de la comunidad familiar, continuarán esclavizándolo y desespiritualizándolo todo con la obsesiva precipitación que imponen por sobrevivir; con la brutal organización antifamiliar del trabajo masivo y por turnos; con la falta de viviendas hechas a medida de la dignidad humana.

Pero también es otro hecho que la acción de los cristianos tiene toda su eficacia condicionada, como la tendrá siempre, a la intensidad de su oración, de su vinculación a las fuentes divinas de donde dimana

toda la energía que puede dar a nuestra acción humana una fecundidad divina. La vieja regla de dedicar al menos tanto tiempo a la oración como el que se dedique a la acción apostólica, continúa teniendo plena vigencia en el mundo moderno. ¿Que no hay tiempo? Nos referimos a los apóstoles seculares, a los militantes laicos. Lo que se plantea entonces a cada apóstol es la necesidad de resolver una ecuación en la que su tiempo de dedicación apostólica no crezca a costa del necesario para acrecentar su unión estrictamente dicha con Dios. Si es necesario, habrá que disminuir el apostolado. Menos actividad externa, en compensación de una mayor fuerza sobrenatural, puede ser la clave del éxito espiritual, de la verdadera eficacia eterna y evangélica de tantos esfuerzos como derrochamos los católicos, y que a menudo sólo dan frutos temporales, materiales, porque no podían dar otra cosa, si se mira bien a lo que llevaban en el alma sus promotores generosos, pero vacíos de la interior presencia transformante del Dios vivo.

No creo que se pueda partir de otra base, en cuanto a problemas de espiritualidad cristiana, sino de esta de aceptar el hecho de que toda vida sobrenatural consciente, cultivada, ha de centrarse en la vida de oración recogida y personal, en íntimo contacto con Dios. Esta es una ley universal, a nuestro juicio, que condiciona toda la vida espiritual; y no sólo un recurso de escuela, o una práctica de piedad monástica, o eclesiástica. Todas las tendencias espirituales sanas que han brotado en la Iglesia, esconden, como punto clave de contraste de su esencial significación, una concepción, un enfoque determinado —que no es menester que sea original, aunque sí suele mostrar un cuño diferenciador en las tendencias más acusadas— de la vida de relación habitual con el mismo Dios vivo que crea en la eternidad el universo, y que sustancialmente auna y vivifica a la Iglesia.

Desde las sucesivas formas de concretar el “ora et labora” monacal, de tan poderosa influencia en todos los siglos medios, las cuales llegaron a crear toda una conciencia religiosa que no ha dejado de tener resonancias evidentes aun en nuestro tiempo; incluso, desde tradiciones más remotas, aunque discontinuas ya de la mentalidad actual, como los formidables campamentos desérticos de anacoretas orientales, o las mismas comunidades cristianas de los años apostólicos; hasta los sorprendentes estilos que ante nuestros ojos va desplegando el nervioso y pujante dinamismo de los “institutos seculares”, pasando por las modalidades mendicantes, las finamente contemplativas, las educadoras y hospitalarias de los siglos últimos, causa asombro considerar la inagotable gama de matices vitales que al Cuerpo de la Iglesia aportan sin cesar los distintos temperamentos, aptitudes y vocaciones de sus hijos, en despliegue generoso y fecundo de la vida divina que ella no deja de comunicarles, fiel a la misión recibida de Jesús, y en espontánea respuesta a las renovadas preocupaciones y horizontes colectivos de cada época de la historia.

Pues bien: este mismo fenómeno del pluralismo de orientaciones espirituales que, desde el comienzo del cristianismo, había venido floreciendo en los estados sacerdotal y religioso, nos atrevemos a estimar que empieza a diferenciarse ya marcadamente en torno a nosotros, en los distintos grupos de seculares, procedentes casi todos de la Acción Católica, que desde ella nos hemos ido formando y lanzando a la vida. Estos grupos seculares actúan ya en muchos países de Europa y América, y también en

algunos de reciente historia misional; y según nuestras noticias unas veces, o según nuestra directa experiencia otras, muestran en general estilos y preocupaciones muy variados, aunque coincidentes en muchos aspectos decisivos, que evidencian que es la acción del Espíritu Santo la que inunda hoy de tal vitalidad vigorosa al laicado católico con providenciales designios, del mismo modo que otros siglos suscitó con preferencia análogas inquietudes en los restantes estratos del Cuerpo místico de los fieles a la esperanza del Señor.

Las diferencias entre los estilos de espiritualidad pueden llegar a ser profundas. Basta con pensar, por ejemplo, en la aparición simultánea de las escuelas ignaciana y carmelitana descalza en el siglo XVI, a las que imprimieron rumbos espirituales tan diferentes las psicologías respectivas de sus admirables iniciadores.

Todo esto es cierto. Sin embargo, frente al incierto futuro que se abre entre nosotros, y que hemos de construir con nuestras propias vidas, la opinión de los que conciben la oración del laico como algo que, dadas las necesidades de la sociedad moderna, necesita prescindir del tiempo dedicado al recogimiento en Dios, para no buscar su presencia más que en el misterio de la Misa, en la liturgia y en el seno de la acción en caridad, es a nuestro entender, una visión defectuosa, que cierra los caminos que habrían de hacer mayor bien a las almas, al superar las circunstancias individuales que en un momento dado les hayan venido impidiendo alcanzar la mayor intensidad posible de su vida interior.

Esta oración diaria del seglar, y especialmente del seglar casado, reclamará unas veces la asistencia al templo, junto al sagrario eucarístico; otras podrá encontrar a Dios en un rincón retirado, dentro del hogar; otras, incluso, en cualquier sitio en que el recogimiento sea posible, y en la misma calle o en el transporte urbano. No se tratará tanto de asegurar algunos momentos diarios de ocio físico y mental, en los que pueda el diálogo con el Amigo brotar limpio del silencio interior, —aunque ello sea casi imprescindible cada día—, cuanto de habituarse a la comunicación cotidiana con el Señor, para atraerlo a nuestro amor, en el que están también todos los que amamos y los intereses de su gloria, solicitándole vivamente. Esta disposición del espíritu y de la voluntad no puede adquirirse normalmente sin esos ratos de oración, y luego, además, los estará reclamando sin cesar. La familiaridad divina es bien difícil de lograr por otro camino. No podemos dejar de pensar que más lógico es que un hombre, una mujer, que prescindan de esta regularización de su comunicación con Dios, vengan a dar en un automatismo, en una inconsciencia análoga a los que en lo natural se dan en el estado de la persona desvanecida. Los mejores deseos no pueden sustituir nunca a la acción intrínsecamente fértil y sazadora de la vida del Dios que nos ama y que se nos comunica, y que reclama de nosotros una reciprocidad de amor y de comunicación entrañable, que, ni hay razón ninguna para negarle, ni podríamos agradarle tampoco si lo hiciéramos.

¿Quién podrá predecir, en cambio, las sorprendentes riquezas que pueden llegar a aportar al reino de Dios estas formas nacientes de espiritualidad, de oración, que van construyendo en su silencio luminoso hombres y mujeres casados de nuestro tiempo; orientadas, no ya a la decisión concurrente de vivir el Evangelio varias voluntades individuales solita-

rias, sino a practicarlo solidariamente esos otros seres perfectos y plurales que son las comunidades vivas del amor conyugal; comunidades de vida eterna, divina, esencial, asentadas por su naturaleza misma en la roca viva de Dios-sacramento que las suscita, para asociarlas íntimamente a su plan creador? ¿Quién podrá pensar qué es lo que nos está reservado si le somos fieles, en este nuevo tiempo de la Iglesia, a las parejas de amantes consagrados por Dios para cumplir esa santa función hasta que Él llegue, mientras ocupamos el tiempo en prepararle nuevos testigos de fortaleza y caridad con el misterio de nuestra propia sangre? ¿Quién no ve que en la inigualable comunidad natural y sobrenatural de dos esposos puede florecer una vida contemplativa sana, normal, vigorosa, siempre que ambos hayan podido conocer de cerca al Señor, y aprendiendo a apreciar su amor y confianza por encima de todas las cosas?

Un hogar, desde el comienzo de la historia, ha sido siempre un fuego que alza su signo de humo en la distancia, para dejar constancia del grupo entrañable que vive en torno. Quizá sea esto una más entre las circunstancias humanas fundamentales que se nos espiritualizan solas. Quizás hoy cada matrimonio joven debiera adquirir el compromiso de no descansar hasta haber puesto en juego todos los medios a su alcance, para que desde el seno de todas nuestras casas no deje un sólo día de ascender al cielo, ese humo invisible que, a los ojos de los ángeles y de los hermanos que triunfaron, atestigüe el fuego alegre del diálogo del Señor con sus criaturas llamadas en el amor, en torno del cual vayamos levantando lentamente el hogar que nos cobija mientras dura el tránsito hacia la patria.

Necesitamos los casados, si hemos de llegar a ocupar en firme los puestos que parecen aguardarnos en la vanguardia del apostolado militante de la Iglesia, junto a la milicia veterana del celibato tradicional, madurar en vida de oración. Dios nos aguarda; nos tiene concedida audiencia de intimidad. Sólo cuando hayamos centrado de tal modo nuestra vida en la comunicación habitual de amor con Dios que nada nos lo pueda ya arrebatar realmente, habremos templado nuestro amor humano, en el que legítimamente se enorgullece nuestra juventud, para poder crear en torno nuestro verdaderos círculos activos de caridad que con radio más corto o más largo, irradien en los estratos de un mundo materializado, el milagro constante de la ayuda mutua y la evangélica bondad.